

la muchedumbre con acento fúnebre y solemne esclama: “¡ Hermanos ! estais siendo víctimas de un engaño horroroso, de una perfidia sin ejemplo ; el Te Deum que va á cantarse no es en honor de una victoria del Piamonte, sino por el contrario en celebridad de un triunfo de Radetzky. ¡ Roma y el pueblo están siendo objeto de burla !”

¡ Aquí de la indignacion general ! La muchedumbre se retira exasperada profiriendo gritos de venganza. Es inminente una catástrofe.

CAPITULO VII.

REVESES DE LA JOVEN ITALIA.—BATALLA DE CUSTOZA.—DERROTA DE CARLOS ALBERTO.—CAPITULACION DE MILAN.—TRIUNFO DE RADEZKY.—NUEVOS DESÓRDENES EN ROMA.

Los magníficos días del rey de Cerdeña iban de caída ; sus sueños comenzaban á desvanecerse, y el entusiasmo italiano decaía visiblemente por momentos. Mazzini peroraba en Milán, mas no en favor de Carlos Alberto, sino antes bien con la mira de fundar una república. Las operaciones militares carecian de unidad y de concierto, dando lugar por lo mismo á continuas defecciones y disgustos, á la indisciplina y al cansancio.

La Lombardía rechazaba mas fuertemente que nunca toda idea de subordinacion á la Cerdeña ; de donde necesariamente iba á resultar para el monarca del Piamonte una continuada série de desastres. Habia perdido un tiempo preciosísimo bajo lo muros de Mantua, dando así lugar á que los austriacos se rehiciesen, y á que las cosas comenzasen á cambiar de aspecto. Enviado el general Nugent en socorro de Radetzky con un cuerpo de ejército reunido precipitadamente á orillas del Isonzo, habíase apoderado de Palma-Nova defendida por el general Zuchi, y dirigiéndose de allí á Udina con diez y ocho mil hombres, logró que esta ciudad le abriese sus puertas.

El general Durando, encargado de impedir la reunion de Nugent y Radetzky, habia pasado el Pó dirigiéndose al Pavía, riachuelo que baja de los Alpes á desembocar en el Adriático: contando con sus legiones romanas y con un buen número de estudiantes que se le reunieron en Padua, creia seguro el éxito de su expedicion ; pero frustróse su esperanza, y despues de haber fracasado completamente su proyecto, tuvo que retirarse á Vicencio.

Animadas allí sus tropas con la presencia de Manin y Tomaseo, se

batieron al principio con valor y rechazaron al enemigo hasta el Adige ; pero habiendo vuelto á la carga los generales d’Aspre y de Wratislaw, aunque el general Durando se hallaba preparado á la mas heroica resistencia ; aunque tenia diez mil valientes, y se hallaba á su lado como consejero el marqués de Azeglio, presidente hoy dia del consejo de ministros en Turin, se dió prisa á.....capitular, quedando él y todos los suyos prisioneros (1).

Obtenida poco despues la libertad, los vencidos de Vicencio regresaron á Roma, en donde se les recibió en triunfo arrojándoles palmas y coronas como á los Césares del capitolio.

Radetzky habia tomado la ofensiva, concentrando sus tropas al rededor de Verona, mientras que las de Carlos Alberto se hallaban desparamadas en una estension considerabilísima de terreno, faltándoles un gran capitán.

Los austriacos atacaron al enemigo en *Somma-Cambagna*, y venciendo su vigorosa resistencia, lograron al cabo arrojarle de aquel puesto importantísimo. El general piamontés Sonnaz se retiró á Villafranca, dejando de este modo á Radetzky dueño absoluto de ambas márgenes del Mincio desde Ponti á Villagio, así como de las vecinas alturas.

Instruido Carlos Alberto de tan funestas nuevas, dejó sobre Mantua sus tropas de la orilla izquierda, logró reunir las en este punto en la noche de 23 al 24 de Junio.

El duque de Saboya se dirije sobre Custoza al frente de nueve mil hombres ; el de Génova sobre Somma-Campagna con una columna de cinco mil (2) ; y el general Bava toma á su cargo el mando en gefe. Estos tres oficiales superiores comienzan nuevamente con gloria la campaña, y cargando de improviso sobre los austriacos les obligan á retirarse en desórden hácia Oliori, causándoles de cuatrocientos á quinientos muertos, y cojiéndoles mil ochocientos prisioneros y dos banderas.

Al siguiente dia 24 se reunia Carlos Alberto en persona con el general Bava, y Radetzky presentaba la famosa batalla de Custoza.

Gran dia fué este para el Austria.

El rey de Cerdeña y sus hijos dieron pruebas de admirable valor todo el tiempo que duró el combate ; pero sus tropas se hallaban completamente indisciplinadas, como privadas de alimento por espacio de treinta horas, y rendidas de cansancio con las marchas y contramarchas de los

(1) Se les puso en libertad bajo palabra solemne de no pelear contra el Austria durante la campaña.

(2) Otros cinco mil quedaban de reserva en un punto intermedio, y dos mil guardaban á Villafranca.

pías precedentes; de suerte que los trabajos y las privaciones mataron mas soldados que las balas enemigas.

No por ello desmayó Carlos Alberto, infatigable como era en el campo del honor.... ¡Vanos esfuerzos! ¡resistencia vana! la fortuna le habia vuelto las espaldas. A las seis de la tarde se daba la orden de retirada hacia Villafranca en toda la línea; la batalla estaba completamente perdida, y dueño Radetzky del campo á las ocho, habia reconquistado á Italia.

De Villafranca se dirigió Carlos Alberto á Goito, primer teatro de su gloria. El abatimiento era general; los representantes del gobierno provisional de Milán habian emprendido la fuga, y el ejército sardo carecia de víveres. El rey propuso un armisticio á Radetzky, el cual le impuso duras pero razonables condiciones. Al principio no supo Carlos Alberto qué resolver, falto de perspicacia, como de costumbre, y entregado á su ordinario espíritu de irresolucion; pero despues rechazó el tratado, que era todo lo que podia apetecer..... Radetzky.

El 27 retrocedía Carlos Alberto hasta Cremona, deseando cubrir aun una parte de la Lombardia y proponiéndose defender á Milán; mas esta ciudad confiaba de tal modo en el triunfo, que no habia tomado medida ninguna de precaucion para ponerse á cubierto de un desastre. El infortunado rey de Cerdeña no pudo en parte ninguna, desde el Mincio hasta Milán, hacer frente al enemigo. Cerca de Lodi lo intentó en vano pues hambrientos como seguian sus soldados, echaron á correr á la desbandada en el momento en que se aproximaron los vencedores, dispersándose como unos quince mil hombres por los caminos del Pó y del Tesino; y dejando á Carlos Alberto llegar á Milán con veinticinco mil escasos (1).

Allí fijó el 4 de Agosto su cuartel general en el parador de San Jorge, situado en uno de los arrabales de la ciudad, mientras que Radetzky continuaba en su seguimiento.

A las cuatro de la tarde, nuevo combate en la puerta Romana entre austriacos y sardos, al mismo tiempo que estallaba una horrorosa tempestad y se confundía el fragor del trueno con el estampido del cañon. Metido Carlos Alberto en lo mas recio de la pelea, tuvo aún momentos sublimes, rechazando á sus adversarios; pero fueron como los postreros rayos de un astro que declina y desaparece. La junta de defensa de Milán habia mandado prender fuego á algunas casas del arrabal desde donde los austriacos podian hostilizar á la plaza; de modo, que las tropas

(1) Siete dias antes tenia en Goito todavía doble número de soldados.

reales siguieron peleando al resplandor del incendio y al horrísono estruendo producido por el trueno, las descargas de artillería y el toque de rebato, cual si contra ellas se hubiesen desencadenado á la par los elementos, la naturaleza y los hombres.

Interrumpida la batalla por la oscuridad de la noche, se encontraron los piemonteses sin esperanza alguna de victoria, y rechazados hasta los muros de Milán con pérdida de nueve cañones.

En tal estado, creyeron los gefes del ejército sardo que era indispensable capitular al instante, pues Milán no podia ofrecer ningun apoyo, falto como se hallaba de tropas, municiones y víveres. Garibaldi acababa de salir de la ciudad para cubrir á Brescia; y aunque los habitantes tocaban á rebato y levantaban barricadas, no habia ya en ellos buena voluntad, ni energía moral, ni audacia guerrera. ¡Qué se habian hecho aquellos milaneses de las famosas jornadas de Marzo!

Carlos Alberto tuvo que resolverse á capitular, ofreciendo entregar á Milán con condiciones honrosas, y retirarse de la otra parte del Tesino. Radetzky hubiera podido obligar al rey de Cerdeña á deponer las armas y rendirse á discrecion; pero su impaciencia por penetrar de nuevo en la ciudad donde la insurreccion le lanzára, hizo que prefiriese á la destruccion los tratados (1).

Con arreglo al convenio decretado, el mariscal concedia dos dias al rey para que se volviese al Piemonte, y veinte y cuatro horas á las personas que quisiesen abandonar la ciudad despues de la entrada de los austriacos. Al mismo tiempo se comprometia á respetar las personas y las propiedades. La capitulacion era mas ventajosa de lo que podia esperarse; pero en el momento que llegó á noticia del pueblo de Milán, que fué como á las cinco de la mañana, exclamó furioso: “¡Traicion! ¡traicion!” y dirigiéndose en masa al palacio Greppi á donde acababa de trasladarse Carlos Alberto (2), prorumpió en desaforados gritos: “¡Arda el palacio! ¡muera el traidor!”

El rey quiere hablar por sí mismo á la muchedumbre, y asomándose al balcon esclama con acento verdaderamente heróico, puesto que ajeno de la época, del lugar y de los hombres: ¡Milaneses! si mi capitulacion os desagrada, la desgarró en este mismo momento; y si lo exijis, peleemos: yo me sepultaré gustoso con vosotros bajo los escombros de la ciudad (3).”

Asustado el ayuntamiento, no participaba en manera ninguna de tan

(1) Custoza, por un capitán francés de artillería. Turin, 1849.

(2) Palacio situado en medio de la ciudad, frente al gran teatro de la Scala.

(3) Esta alocucion se imprimió y fijó inmediatamente en las paredes del palacio.

bélicas ideas; así que, los mismos concejales que habían decretado levantamientos en masa en todo el país, menos en su ciudad (1), suplicaron al rey que mantuviese su decisión. Cediendo Carlos Alberto á sus instancias, anunció al pueblo el 5 en la tarde por medio del Podestá que la capitulación estaba ya definitivamente firmada.

En el instante mismo, nueva explosión de furor.

Hordas frenéticas recorren las calles, y sabiendo que el rey iba á partir, vuelcan sus coches, roban sus bagajes, y levantan barricadas alrededor del palacio para oponerse á su partida y retenerle prisionero. A todo esto gritan que *los franceses llegan*; que acababan de recibir la noticia; que el rey hacia traición á todos; con lo cual el héroe libertador, el jefe de la *unidad italiana*, el futuro soberano de toda la Península se ve ignominiosamente acosado por insultantes silbidos é infames burlas. Entonces, aunque separado de sus tropas que se hallaban acampadas fuera de la ciudad, intenta otra vez hablar á los amotinados; pero estos disparan sobre él sin compasión, acribillando á balazos las paredes de su morada, sin que afortunadamente le tocase ninguno. ¡Lástima grande que por remate y cima de sus hazañas no hubiesen escrito los lombardos estas palabras en el plomo de sus balas: "*¡A Carlos Alberto, los milaneses reconocidos!*"

El riesgo del príncipe era inminente, porque el populacho insistía en la idea de prender fuego al palacio. Entonces el caballero de la Mármora, descolgándose sin ser visto desde lo alto de una ventana á favor de la oscuridad, corrió al campamento piamontés, y tuvo la suerte de volver de allí á poco al lado de Carlos Alberto con un regimiento de carabineros.

A cosa de media noche, nueva exasperación al saber que el rey abandonaba su morada. Vuélvese á oír el pavoroso toque de rebato; las casas incendiadas del arrabal despedían aun siniestros resplandores; de cuando en cuando se disparaban tiros en las plazas y encrucijadas y se armaba un estruendo horroroso, seguido de un silencio mas horrible todavía, que aterraba la ciudad.

El rey logró al cabo salir fuera, no sin recibir en cada calle y á lo largo de los baluartes continuos disparos de fusil. En la puerta *Vercellini* costó gran trabajo dispersar los grupos y abrirse paso; pero al cabo triunfó Carlos Alberto, salvando á lo menos su vida.

¡Cuán mudada, empero, se hallaba su fortuna! Y ¡cuán amargas reflexiones debieron de asaltar su mente! Había visto pasar y desvanecerse ante sus ojos como fantásticas nubes la corona de hierro de los

(1) Véase *Gli ultimi tristissimi fatti di Milano narrati del comitato di pubblica difesa*, pág. 14.

lombardos, la antigua diadema de Carlo Magno, el bonete ducal de Venecia, los cetros de Parma y Módena, la púrpura de César Augusto y la diadema de Sicilia (1).

¡Ilusiones engañosas! ¡Ah! una ráfaga de viento había deshecho para siempre todas aquellas burbujas de jabón que se habían inflado radiantes al son de las pérfidas arengas de Mazzini y coloreándose centelleantes á los rayos del falso sol de la *cruzada*. Prodigios, coronas, gloria, unidad, regeneración, nacionalidades, todo desaparecía de una vez á los ojos del conquistador vencido, no quedando ante él mas que sus pesares y un abismo, Mazzini y sus traiciones, ruinas... y Radetzky.

Este efectuó el siguiente día (6 de Agosto) su entrada triunfante en Milán. Sus magníficas tropas se presentaron con admirable continente sin insultar ni amenazar á nadie, con sencillez y decoro. Mazzini y sus demagogos, que tanto habían contribuido á todos los desastres de la Cerdeña, huyeron cobardemente, como de costumbre, á la hora del peligro. Y en verdad que no tenían motivo para huir de Radetzky; porque ¿quién mejor que ellos había servido la causa austriaca? ¿ni quién trabajado mas por la ruina de Carlos Alberto? Radetzky debía estarles muy agradecido, pues les era deudor de sus triunfos.

El armisticio firmado el 9 de Agosto por el rey de Cerdeña y el vencedor Austriaco salvó á la capital del Piamonte; que, á intentarlo Radetzky, se hubiera apoderado inmediatamente de Turin. La fortaleza de Pescara fué devuelta al Austria, y Osopo capituló dos meses después. Garibaldi se corrió hácia el Lago Mayor al frente de unos mil hombres, con ánimo de pelear como guerrillero. Carlos Alberto retiró su escuadra de Venecia; y Radetzky, posesionado ya de Milán, se preparaba allí para la batalla de *Novara*, última página del drama.

En Florencia reinaba grande agitación á consecuencia del cange de prisioneros efectuado después de la rendición de Milán, al cual debió Montanelli su libertad y su regreso á Toscana. ¡Qué jubilo! ¡que festejos! Su partida para la primera cruzada; el valor que al decir de todos había desplegado en la gloriosa batalla de *Curtatone*; su cautiverio en Mántua; el rumor de su muerte; los honores fúnebres que se le habían tributado en varios puntos; las lágrimas vertidas sobre su tumba; todo ello acrecentaba el prestigio de su nombre, célebre ya por tantos títulos; todo contribuía á realzar mas y mas su fama.

Poco después de su llegada no quiso aceptar, pretestando falta de sa-

(1) La corona de Sicilia fué llevada á Turin por el duque de Serradri Falco, después del desastre de Custoza.

lud, la presidencia de la cámara de los diputados que se le ofrecía; porque tenía puesta la mira en mas elevado destino.

En los primeros dias de Agosto se habia declarado la cámara romana en sesion permanente, para tratar, segun decia, de nuevos armamentos contra el Austria, encubriendo con este pretexto su verdadero fin, que era declararse *asamblea constituyente*.

Una diputacion de su seno, compuesta del abogado Serení y de los reformadores Sturbinetti y Potenziani, intima al gefe de la cristiandad que declare inmediatamente la guerra al Austria. Pio IX rehusa, despues de oirla, su consentimiento.

La muchedumbre revolucionaria, armada de picas y puñales, aguardaba la salida de la diputacion para saber la decision de Su Santidad.

La noche comenzaba á estender su negro manto por la ciudad, cuando se supo que nada habian conseguido del Papa los enviados de la cámara. Esta noticia produce un nuevo desencadenamiento de furor.

Al cardenal Lambruschini le rompen á pedradas las ventanas de su palacio.

A Serení le abofetean dentro de su propio carruaje.

Despues recorren la ciudad los exaltados, con los brazos desnudos y hachones en la mano gritando: *¡Mueran los clérigos! ¡Abajo el Papa!*

El desenlace de la crisis se aproxima.

Serení, marcado con el estigma mas ignominioso, presenta al punto su dimision, y es reemplazado por Sturbinetti.

Los austriacos habian entrado en Ferrara. Pio IX protesta contra esta ocupacion, y el ministro de lo interior Mamiani espide al punto una circular, decretando, contra la voluntad de la Santa Sede, el levantamiento en masa de las poblaciones contra los invasores. El Papa escribe al emperador, y envia ademas al general austriaco una diputacion presidida por el principe Corsini, la cual consigue la evacuacion de Ferrara.

Pero el genio de las revoluciones estendia cada vez mas su cetro de fuego sobre los Estados pontificios. La fermentacion de los ánimos era escesiva, merced á las discusiones de la cámara, que lo mismo en Paris que en Roma solo ofrecian escenas repugnantes y escandalosos tumultos. La asamblea parecia en cierto modo una arena de gladiadores en donde tras la injuria grosera se levantaban unos á otros los puños en son de amenaza, y el gobierno, privado de fuerza, se veia de continuo arrastrado por el lodo. El ministerio presentaba su dimision; desencadenábase el huracan revolucionario, y el rayo encendido en Roma iba á caer sobre la misma Roma.

CAPITULO VIII.

FLORENCIA.—INSURRECCION DE LIORNA. PROGRAMA DE MONTANELLI.— CATASTROFE EN ROMA.

La Toscana era el país de Italia privilegiado por escelencia, como que su gobierno era el mas paternal, y su pueblo el mas libre que jamas se haya conocido. Florencia atraia con su hermoso cielo, sus vistas encantadoras y sus portentosas galerías de pinturas á una multitud de extranjeros que iban allí á contemplar obras maestras, á buscar placeres, á encontrar felicidad y reposo.

Las llamadas revoluciones populares se efectúan siempre sin el pueblo y contra el pueblo. *Sin el pueblo*, porque el trastorno de los Estados ha sido siempre obra exclusiva de algunos ambiciosos desenfrenados, de algunos intrigantes cargados de deudas ó de crímenes, y de algunos necios ilusos; *contra el pueblo*, porque á cada nueva revolucion paga mas contribuciones, tiene menos trabajo, y engañado constantemente por los que le estravían en provecho propio, viene á resultar en suma que se mata á sí mismo.

Florencia habia abierto sus puertas á todos los revolucionarios extranjeros, y mal podia por lo tanto lisonjearse de conservar su salud y pureza, cuando daba hospitalidad á la peste y á la desolacion. Ya en 1830, la revolucion parisiense habia comenzado á desmoralizarla, sin que la ciudad echase de ver las futuras consecuencias de semejante estado de cosas; porque no comprendió aquella gran verdad que nos ha revelado el ciudadano Prudhon, nuevo Tertuliano del vacío y San Agustin de la nada; es á saber:

“La república democrática y social fué *concebida* en Julio de 1830; es un error creer que en Febrero de 1848 haya ocurrido otra cosa mas que el *parto*.” (Confesiones de un revolucionario, página 37.)

En el mes de Setiembre de 1848, la ciudad de Liorna, poblada de aventureros de diferentes países, se sublevó contra Florencia con ánimo de declararse independiente. El diputado Guerrazzi apoyaba descaradamente á los rebeldes; y el gran duque de Toscana, que para comprimir la sedicion se habia trasladado al campamento de Pisa, en donde se hallaba reunido un gran número de guardias nacionales, trató con los sediciosos en lugar de combatirlos.

Los liorneses pidieron á Montanelli por gobernador, á lo cual accedió